

El camino de la transición energética en Argentina

Pablo Bertinat y Jorge Chemes

Taller Ecologista » Argentina

Para analizar el estado de la transición energética en Argentina se requiere, en primer lugar, hacer una pequeña y breve revisión del contexto, tanto global como general, de la problemática del clima y la energía, como así también de las condiciones socioeconómicas en las cuales se encuentra el país.

En el contexto global, se presenta una situación sumamente preocupante, porque luego de la salida de la pandemia (cuando se atravesó un posible descenso de la utilización de combustibles fósiles), estos últimos dos años han presentado un incesante crecimiento tanto de las inversiones como de la producción y utilización de combustibles fósiles a nivel planetario. Esto sin dudas señala un contexto alarmante, ya que muestra las dificultades que impiden avanzar en un proceso que permita algún camino posible para no empeorar la situación climática global.

Observamos que lo que se está produciendo a nivel global es, como lo llaman algunos investigadores, un proceso de expansión energética y no de transición energética. Este proceso está asociado a un crecimiento de la utilización de fuentes renovables de energía en diferentes sectores, que no se da a la par de una reducción en el uso de combustibles fósiles. Vemos, en cambio, un crecimiento paralelo y adicional de la utilización de renovables y de fósiles que ha incrementado el tamaño de la estructura de la matriz energética global y ha producido fuertes impactos que nos alejan de la posibilidad de mitigar el calentamiento global.

De modo que la situación es extremadamente compleja. Observamos un empeoramiento de las condiciones climáticas globales, con impactos diferenciados en distintas regiones del planeta, donde seguramente incrementará la vulnerabilidad de los sectores más vulnerables. Pero también debemos analizar esta situación de expansión energética a la luz del conflicto desatado entre Rusia y Ucrania. Se trata de un conflicto claramente permeado por la lógica fósil y por la intención de controlar, además, reservas y flujos de energía fósil en Europa, lo que ha iniciado una carrera hacia la militarización en muchos países. Esta situación develó la cada vez más conflictiva y dificultosa competencia por el acceso a los recursos de muchos países.

Esta situación de emergencia, vinculada a la necesidad de asegurar el abastecimiento energético en las economías del Norte Global, habilitó nuevos debates que parecían superados y que se relacionan con la aceptación del gas como un combustible de transición, la vuelta a la energía nuclear y la reapertura de centrales de carbón, no solo en China, sino incluso en Europa.

Posiblemente estos diferentes acontecimientos explican el incremento de las hostilidades y las dificultades a nivel global para acceder tanto a recursos como a financiamiento y ayuda internacional asociada al cambio climático. A su vez, se observa una fuerte embestida de las economías del Norte Global para garantizar el acceso a los recursos energéticos, pero también a materiales y minerales que sostengan el funcionamiento de las economías del Norte y su abastecimiento energético. Estas presiones se presentan a través de los diálogos sobre los tratados de libre comercio y en los diferentes eventos multilaterales que se desarrollan en la región.

■ **La crisis argentina**

El actual Gobierno nacional, encabezado por Alberto Fernández, transita el final de su ciclo electoral sumergido en una profunda crisis socioeconómica. La presión del fuerte incremento de la deuda externa (adquirida durante el gobierno de Mauricio Macri), los errores de la aceptación de la licitud de la deuda y su refinanciación, y los errores de política económica han sumido al país en un proceso de aumento de la pobreza, una muy alta inflación y un empeoramiento de las condiciones de vida. A esto debemos agregar el efecto conocido como "restricción externa", que consiste en la falta de divisas para acceder al comercio internacional. Si a este escenario añadimos fenómenos como la sequía y otros acontecimientos, advertimos que la situación es de suma fragilidad para el Gobierno nacional en el marco de un proceso electoral.

En términos de energía, debemos considerar también el hecho de que Argentina, luego de muchos años, ha perdido el autoabastecimiento energético. Si bien las importaciones energéticas son menores, respecto a la producción de energía, implican una carga fuerte sobre las agotadas reservas nacionales.

La tradición fósil de Argentina es clave para comprender la lógica de su funcionamiento energético. Hace más de 100 años que Argentina explota combustibles fósiles en el país; en un primer momento, logró el autoabastecimiento a través del petróleo y, luego, incorporó el gas. Para ello desarrolló una empresa nacional de hidrocarburos y un complejo científico productivo asociado al sector que detenta un importante poder socioeconómico en la matriz productiva argentina. Esto genera espacios de poder corporativos que han sostenido, a lo largo de la historia, al sector de hidrocarburos, en particular, con una importante incorporación del sector privado a partir de las reformas del comienzo de la década de 1990.

Es por estos hechos que la matriz energética argentina depende en casi un 90 por ciento del petróleo y el gas como fuentes primarias. Esta dependencia existe desde hace muchos años. Debemos mencionar que, luego de la década de 1980, el gas sobrepasó al petróleo. De modo que Argentina ya ha vivido su proceso de transición fósil cuando el gas desplazó al petróleo en su estructura energética.

Hace una década, comenzó a advertirse una disminución en las reservas y en la producción de combustibles fósiles convencionales. Esto ocurrió al mismo tiempo en que se anunciaron los descubrimientos de reservas no convencionales en la zona de Vaca Muerta, lo que originó la recuperación de YPF (que había sido privatizada en la década de 1990) por parte del Estado nacional. Mediante un discurso epopéyico, se recuperó lo que nunca debería haberse perdido, y se redireccionó la producción de YPF hacia los recursos no convencionales, incluso mediante acuerdos fuertemente cuestionados con empresas como Chevron en paraísos fiscales. El discurso “eldoradista” alrededor del petróleo y el gas en Argentina es sumamente poderoso, pues genera un ideario en el cual se enmaraña el petróleo, la copa del mundo y su mejor jugador, emblema de la empresa nacional.



Sería importante tener en cuenta dos elementos más a la hora de repasar la situación energética en Argentina. El primero de ellos tiene que ver con una muy débil tradición de planificación estratégica, tanto en lo que se refiere al sector productivo en general como al sector energético. A diferencia de otros países, incluso algunos vecinos, Argentina tiene una muy débil planificación estratégica y pocos objetivos de largo plazo, sobre todo en el sector energético. El segundo elemento es el inmenso poder del sector corporativo asociado al sector hidrocarburífero. Este se configura como un sector históricamente prebendario de la economía nacional y con fuertes tentáculos de poder en la definición de políticas públicas.

■ La narrativa

Podríamos decir que, en Argentina, hay diferentes miradas sobre la transición energética, que se asocian, en algunos casos, a intereses y, en otros casos, a modos sesgados de entender la realidad climática global. La derecha, cuyo punto de vista está más vinculado al de los sectores corporativos, sostiene que, en el mejor de los casos, podría haber un cambio de fuentes energéticas, pero no un cambio respecto a la lógica de mercado concentrado, excluyente y perjudicial que sigue el sistema energético actual. Estos sectores solo ven como herramientas las del mercado, que permiten sostener un sistema fuertemente concentrado, de alta rentabilidad, pero dependiente de las subvenciones estatales.

Dentro de lo que podríamos identificar como sectores progresistas, observamos posicionamientos similares a otras fuerzas de la región, perspectivas que ya fueron esbozadas durante el primer ciclo progresista en América Latina y que produjeron fuertes impactos territoriales y conflictos con movimientos sociales e indígenas. Se sostiene el razonamiento de que, así como las economías del Norte Global quemaron combustibles fósiles durante más de un siglo para desarrollarse, hoy nos tocaría a nosotros hacerlo. Esta mirada, que asume una perspectiva lineal del desarrollo y omite el papel que desempeñan nuestros países en el contexto de la globalización, no se restringe a los combustibles fósiles, sino que sigue apostando a la extracción de materias primas que se intercambiarían con el mundo para así garantizar “el desarrollo”.

Desde estas perspectivas se intenta justificar que se profundice la explotación de yacimientos no convencionales y la explotación *offshore*, pero también la extracción de minerales como el litio y el cobre y la producción de hidrógeno. El punto común de todas ellas es la ceguera frente a alternativas reales al modelo de desarrollo actual que permitan superar las dificultades socioeconómicas en el marco de otro sistema productivo.

Los planes actuales para la transición en Argentina

Apuntábamos anteriormente que el consenso fósil en Argentina es muy fuerte, al punto de colocar

como epopeya nacional la construcción de infraestructuras como gasoductos u obras asociadas al sector. Alrededor de esta lógica, hoy se construye el discurso del papel de Argentina como proveedor global de gas, en tanto combustible de transición, como aporte a la transición energética global. Este es uno de los elementos centrales con los que se justifica el discurso que promueve profundizar la extracción fósil en Argentina. Este ideario esconde un conjunto de intereses corporativos que intentan sostener el sistema de subsidios a combustibles fósiles en Argentina destinados al sector privado.



Así como no existe una tradición de planificación estratégica en Argentina, sí existen espacios de disputa sobre ello. Uno de los sectores que propicia el desarrollo de posibles escenarios estratégicos tiene que ver con aquellos que están vinculados a la política climática y donde se vienen discutiendo determinados objetivos relacionados con la posibilidad de mitigar las causas del calentamiento global.

En las áreas de políticas energéticas del Gobierno, la tradición de planificación estratégica es menor y, en general, tiene una mirada sesgada del sector de hidrocarburos y del sector eléctrico. La novedad de este año fue la presentación de un conjunto de documentos con propuestas de lineamientos estratégicos esbozadas en diferentes áreas.

Por un lado, en las áreas de ambiente y cambio climático, se ha avanzado en la definición de lineamientos generales para una estrategia de largo plazo al 2050, que incluyen aspectos controversiales, como la persistencia del gas en la matriz energética, aunque la estructura está abierta aún para su debate.

Por otro lado, desde las áreas de energía del Gobierno, este año se han publicado dos documentos: el Plan Nacional de Transición Energética a 2030 y los Lineamientos y Escenarios para la Transición Energética a 2050. El primero de ellos es la continuación de un documento publicado en 2021. Este presentaba un escenario energético al 2030 con la misma tendencia de las políticas fósiles de Argentina y con una escueta ambición de penetración de las renovables en el sector eléctrico al 2030. El segundo documento presenta, como lineamientos estratégicos, la gobernanza institucional, la eficiencia energética, lo que denominan energía baja en emisiones de gases de efecto invernadero, la gasificación, el desarrollo de capacidades tecnológicas nacionales, la resiliencia del sistema energético, la federalización del sistema energético, el desarrollo del hidrógeno bajo en emisiones, la movilidad sostenible y la transición justa e inclusiva.

Más allá de los contenidos, la sola revisión de los lineamientos estratégicos devela la impronta de los escenarios que se plantean. El hecho de pensar en un escenario 2050 colocando en el centro un proceso de gasificación, cuando la matriz Argentina ya está fuertemente gasificada –dado que su matriz ya ha mutado al gas natural–, implica renunciar a la posibilidad de reducir las emisiones de gases de efecto invernadero, puesto que se incorporaría aún más gas.

El hecho de plantear el discurso de la “energía baja en emisiones” o el “hidrógeno bajo en emisiones” devela la intencionalidad de maquillar la profundización de los hidrocarburos por parte de Argentina. La principal preocupación radica en que, en todos los escenarios diferentes que se presentan, crece la producción de gas al 2050. Una preocupación adicional es la poca relevancia que se da al abordaje de la pobreza energética. El plan traza este eje como un problema de mediano y largo plazo, sin advertir la urgencia que esta situación representa para la población de Argentina. El desarrollo del plan se asienta sobre escenarios tendenciales de consumo que sostienen la misma estructura productiva, cada vez más inviable.

Cuando observamos las políticas destinadas al principal sector de consumo, que es el transporte, se asume que en el 2050 tendríamos incluso más vehículos por habitante de los que existen hoy. Esto denota la inviabilidad de trabajar sobre escenarios futuros en los que no se propone ninguna opción disruptiva respecto al sendero del desarrollo de nuestros países.

Es llamativa la ausencia de otros temas centrales, no solo en los lineamientos estratégicos del Gobierno, sino en las discusiones políticas sobre la energía (incluso en un marco de proceso electoral). Por ejemplo, no se cuestiona el marco normativo y legal de privatizaciones y de mercado en relación con la energía, que se instauró durante el neoliberalismo en la década de 1990 y nunca se ha puesto en discusión. En el debate nacional están totalmente ausentes temas como el derecho a la energía, el fortalecimiento de la energía como servicio público, la desconcentración, la descentralización y la democratización.

Solo en algunos sectores se debate la posibilidad de recuperación de un conjunto de represas hidroeléctricas, cuyas concesiones vencen en el 2023, por lo que deberían volver al Estado. Esto suscita una disputa entre los sectores corporativos que pretenden que continúen en manos privadas y otros sectores que pretenden que vuelvan al Estado, pero con una lógica muy similar a la previa a las privatizaciones. Esta situación con las hidroeléctricas es una muy buena oportunidad para rediscutir no solo la recuperación de la propiedad, sino la construcción de un modelo de gestión participativo y democrático que supere las dificultades que hemos vivido con el funcionamiento de las grandes empresas del Estado. Fortalecer lo público es central.